

## Casablanca/60.

Casablanca. A finales del siglo XX esta palabra —de sonido tan hispano y tan diáfano— se había extendido por todo el mundo, llevando consigo una potente fuerza evocadora. Hay una Casablanca (famosa, aunque no tanto como la película a la que da nombre) en Marruecos; hay una Casa Blanca en el corazón del último de los grandes imperios.

Zaragoza es más modesta, pero no por ello se priva de tener también su Casablanca. Y un reducido número de aragoneses la llevan —sin duda alguna— en su corazón. Pues para ellos es algo más que un barrio de la ciudad. Para ellos, la Casablanca de los años 60 es su mundo. En ese mundo dejaron atrás la infancia, en él vivieron su adolescencia y su juventud. En ese mundo forjaron su persona y sus valores.

Al oír «casablanca», lo primero que viene a la mente de estos hombres no son las imágenes de Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en el bar de Ricky. (No puede silenciarse, sin embargo, que en su Casablanca, paradójica y felizmente, el cine, el buen cine de aquellos días, tuvo una presencia destacada: desde «Mon Oncle», del francés J. Tati, a «Vencedores o vencidos», de S. Kramer o «El manantial de la doncella» de Ingmar Bergmann; desde «El verdugo», «Calabuig» o «¡Bienvenido Mr. Marshall!», de L. Berlanga, a «El puente», del alemán B. Wicki; desde Hitchcock («El hombre que sabía demasiado») al mejor Walt Disney con su «Fantasía»; desde Saura con «La caza» a Chaplin y su «Quimera del oro», una colección de excelentes películas producidas hasta la época —la mayor parte de ellas, extranjeras— llenó las tardes de los domingos en el majestuoso salón de actos, ante los ojos maravillados —inconscientes del privilegio de que disfrutaban— de ese puñado de niños, adolescentes y jóvenes de Casablanca/60: E. Kazan y «La ley del silencio», G. De Santis y «Arroz amargo», J. Ford y «¡Qué verde era mi valle!», O. Preminger y «Tempestad sobre Washington»; más: «Solo ante el peligro», «Hatari», «El hombre que mató a Liberty Valance», «Taxi para Tobruk», «El empleo», «La guerra de los botones», «El cardenal», «Marcelino, pan y vino», «El maquinista de la general», ... Alguno de aquellos privilegiados conservará una libreta de bolsillo con la lista completa (y es posible que con la fecha de pase); lo que es de temer que nadie conserve es el nombre de la persona responsable de semejante currículum para la formación de cinéfilos; esa persona, anónima y sabia, a la que debiera enviársele una agradecida felicitación por su meritoria labor, dondequiera que ahora ella se halle).

Tampoco es el despacho oval ni lo que en él se haya tramado a la sazón lo que primero evoca en ellos el sonido «casablanca» (aunque tantas de las cosas que allí se han tramado afecten tan directamente a su visión del mundo y de la vida).

Otras imágenes, otros nombres, otras vivencias son las convocadas por esta mágica voz. En los recuerdos de estos hombres, «casablanca» se asocia a otras palabras: «estudio libre», «amigos siempre», «padre espiritual», «hora de visitas»; o bien, «bajar a la ciudad», «el autobús de La Bozada», «La Romareda», «paseo por el canal», «Los Enlaces»; algunas de ellas son expresiones en latín («Canta et ambula», «Prima non datur et ultima dispensatur»). Una de estas expresiones resulta antológica por varias razones (y los interesados las

reconocerán al instante): se trata de «el Stadium Casablanca»; un milagro de la Virgen del Pilar (mosen Francisco Izquierdo Molins dixit, *in diebus illis*; y a fe que «busilis» no les faltaba a aquellos tiempos).

Hoy Casablanca/60 ya no existe. Nosotros —todos y cada uno de nosotros— ya no somos los mismos. La ciudad, el país y el mundo, tampoco. Sin embargo, muchos de los que crecimos en Casablanca/60 la llevamos dentro. Como dijo Max Aub, uno es de aquel lugar donde ha cursado el bachillerato. ¿Exagero si afirmo que, más que Zaragoza, nuestro lugar es Casablanca?

En el año 2000, por feliz iniciativa de unos pocos, nos reencontramos en Casablanca. Y, sorprendidos, descubrimos que, a pesar de todo, a pesar de que Casablanca ya no existe, nosotros, los de entonces, sí seguimos siendo los mismos. Porque de algún modo todos somos de Casablanca, a todos nos pertenece.

Lo que viene a continuación es una entrega a la nostalgia. No pretende ser nada más. Porque, desde luego, Casablanca/60 no es un paraíso perdido: allí vivimos, y por tanto, allí también sufrimos. Unos —por desgracia, como siempre pasa en la vida— más que otros. Allí vivimos, allí sufrimos, y allí construimos gran parte de lo que hoy somos. Así que en estos textos no hay ninguna pretensión de edulcorar aquellos días. Pero sí admiten estar escritos desde la reivindicación de la nostalgia. Es un sentimiento, una actitud, con mala prensa entre la progresía de la que forma(¿ba?)mos parte; lo cierto es que —afortunada ella— la nostalgia no necesita para nada de la buena prensa: se vende sola; o, también, es utilizada para vender otras cosas. Estos textos no quieren vender nada: sólo quieren darle juego a la nostalgia por sí misma. Ya se dijo que la mejor forma de vencer la tentación es caer en sus brazos.

Así que decidí ceder a una tentación tan inocua como la de los recuerdos. Y evocar el mundo de Casablanca/60 a partir de los mecanismos naturales de la memoria, los que disparan los sentidos. Empecé con los olores, continué con la vista... La serie está empezada. Se irá completando, Dios mediante, mientras al autor le quede materia de escritura en la memoria y las palabras fluyan de los dedos al teclado.

En aras de la nostalgia. Que, bien entendida, empieza por uno mismo.

